

27 febrero 1915).

O. C. Tomo XI

SALVAR EL ALMA EN LA HISTORIA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, enero de 1915.

Al joven Victoriano B. Pastoriza:
Recibo una carta de un estudiante de medicina de Buenos Aires comentando mi escrito «A propósito de la catedral de Reims» que apareció en estas mismas columnas el 29 del próximo pasado noviembre. Voy a contestar a mi vez esa carta.

Después de los saludos y agasajos de introducción—y que se los agradezco, al decirme que llego a la conclusión—como cualquier otro, de que la guerra tiene sus fundamentos añade: «Para el tío Sam le resultará un buen negocio y sabido es que, para algunos, todo lo que es negocio no es detestable». No se me alcanza en qué o por qué la actual guerra ha de resultar al tío Sam mejor negocio que a otro cualquiera. Ni que le resulte tal. Pero pasemos.

«Convengo con Vd. — prosigue mi corresponsal—en que la obra—el alma, según Vd.—que dejamos al morir es la parte más sagrada del individuo. Que para llegar a afianzar nuestra personalidad debemos luchar y si es necesario hasta morir. Precisamente por eso, porque no tengo mi personalidad, me fastidio mucho cuando pienso en que mañana puedo morir perteneciendo al montón de los ignorados, al anónimo. Voy más lejos aun, yo no sé si me fijaré en medios para conseguir dicha personalidad. Tan fundamental es la lucha que me parece no convenir andar con la moral debajo del brazo. Y con esto queda planteada una cuestión que bien merece sus críticas en algún artículo.

Pues bien, sí, voy a dedicar éste a la cuestión que me plantea mi joven comentarista epistolar, el estudiante de medicina de esa. Mas lo que él plantea en ese planteamiento del tema es la confusión radicar en que reposa su comentario. Y es que confunde la personalidad, o si se quiere, la obra, o mejor, el alma con el nombre, con la fama. Uno puede morir perteneciendo al montón de los ignorados, del anónimo, y haber salvado su personalidad, su alma, haber contribuido a una obra histórica. Pero antes de proseguir, transcribiré el párrafo de la carta de mi comentarista que sigue a ése. Dice:

«Continuando, según Vd., la desaparición de vidas no es tan lamentable como la destrucción de las obras, de las almas de los individuos. Y dígame, señor: ¿no es injusto que yo, un muchacho de 21 años, sea llevado a la guerra y muera sin dejar nada detrás de mí que me individualice? Convenimos entonces en que se debe combatir la guerra porque quizá retarda la cultura y porque al quitar la vida de muchos seres los imposibilita para modelar la obra que tanto Vd. aprecia. Hay, como se ve, una cierta contradicción en sus palabras; nada le importa de la vida sino de la obra, y sin embargo, la relación que existe entre ellas es la misma que hay entre causa y efecto. Espero también que en algún artículo próximo me explique dicha contradicción que para Vd. será más aparente que real...»

En efecto, esa contradicción es más aparente que real. La vida, cierto es, es causa de la obra — lo mismo que la obra es, a su vez, causa de la vida—pero un hombre puede cumplir su obra perdiendo su vida en

la guerra. Y no sería injusto que a mi comentarista, un muchacho de 21 años, lo llevase su patria a la guerra si era una guerra justa y para salvar o acrecentar la cultura y el derecho. Contribuiría así mi joven comentarista a una obra colectiva de cultura y salvaría su alma en ella. Porque salvar el alma es incorporar a una obra histórica. Lo que no salvaría sería su nombre, pero su nombre, ese nombre de Victoriano B. Pastoriza—ya ve que por mi parte quiero darle son y vuelo—no es precisamente su alma. Y aquí está el nudo de la cuestión.

Mi joven comentarista es un estudiante, es un intelectual, y me parece que vive ya con la obsesión de salvar su nombre del olvido y a eso llama dejar detrás de sí una obra que le individualice. Sueña acaso con llevar a cabo algún descubrimiento fisiológico, histológico, patológico, etc., que dando lustre a su nombre se lo dé también a su patria. Y en esto siente con alteza de miras. No será yo quien le reproche esa nobilísima ambición.

Pero, sí, le diré que si en una guerra justa—que las hay—en que se viese comprometida su patria, la República Argentina, contribuyese dando su vida a una victoria o aunque fuese a una noble derrota, habría salvado su alma incorporándola a la historia.

Lo lamentable no es, en efecto, la desaparición de las vidas, sino la destrucción de las almas, de las obras. No de los nombres. La catedral de Reims es una obra colectiva de cultura; en ella dejaron sus almas los muchos artistas anónimos que en ella trabajaron. Dejaron allí sus vidas como las dejan en la guerra los que en ella mueren.

En el prólogo al lector de la segunda parte de «El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha», decía su glorioso autor—como recordará mi comentarista—estas palabras: «Lo que no he podido dejar de sentir es que se me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano detener al tiempo, que no pasase por mí, o si mi mancuadra hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas al menos en la estimación de los que saben donde se cobraron: que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga; y es esto en mí de manera que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella.»

Y yo le digo a mi joven comentarista que si Miguel de Cervantes Saavedra en vez de haber perdido tan sólo la mano, hubiese perdido la vida toda en aquella gloriosísima batalla de Lepanto contra el bárbaro turco—a quien por fin, ¡gracias a Dios!—se prevé que han de arrojarlo de Europa—no habría podido escribir el «Quijote», salvando así su nombre con su obra, pero habría salvado su alma incorporándola anónimamente a la obra de la historia. Y Esquilo, en su epitafio, no habló de sus obras dramáticas, sino de la batalla de Maratón en que tomó parte. Y si en aquella batalla hubiese muerto sin haber podido escribir su «Prometeo», habría salvado su alma en el alma eterna de Grecia. Ya ve, pues, que no hay tal contradicción. Lo que hay es que él, mi comentarista, lo mismo que yo, su comentado, somos dos intelectuales angustiados más de salvar nuestro nombre, lo que nos individuali-

ce, que nuestra alma.

¿Conoce mi joven corresponsal el maravilloso manifiesto que el gran José Mazzini, el más grande acaso de los apóstoles de la unidad italiana, dirigió en 1859 a los jóvenes de Italia? Cosa más noble y más encendida de doctrina y de amor jamás sobre la patria se ha escrito. Allí se nos enseña cómo la patria es ante todo la conciencia de la patria, una idea, una misión y es fe en la patria. «Y cuando cada uno tenga esa fe y esté pronto a sellarla con la propia sangre, entonces y no antes, tendréis patria.» Y allí se nos dice cómo tener patria es vivir en la historia, tener una misión. Y la patria, enseña Mazzini, es la vida del pueblo.

Y dice Mazzini: «Y después que en el pueblo de vuestras ciudades la conciencia se ha unido al instinto de patria, y Dios que señaló las diversas épocas de la vida con la emancipación de los «esclavos» primero, luego con la de los «siervos», quiere que sea bautismo de la época nueva de los pobres «hijos del trabajo», os digo no por caricia de adulación a las muchedumbres, sino en puro espíritu de verdad, que hoy el pueblo de vuestras ciudades es mejor que vosotros a quienes el mundo llama literatos y filósofos y mejor que yo que escribo.»

Y esto escribía Mazzini, no me cabe duda alguna de ello, porque aun siendo como era tan grande y generoso apóstol, sentía en sí la obsesión de salvar su nombre, no ya su alma, como la sentimos, seguramente, mi comentarista y yo. Y no quiero sino remitirle a las confesiones que sobre esta terrible ansiedad de los que escribimos para el público vertí en el capítulo tercero de mi libro «El hambre de inmortalidad»—de mi libro «Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos», que es mi más doloroso evangelio. Y le diré a mi joven comentarista que cuando yo tenía 21 años, como él los tiene hoy, me azuzaba ya el ansia de salvar mi nombre no mi alma, y que entonces no creía yo en ésta, en el alma, más que cree hoy mi joven amigo—le llamaré así.

Y prosigue Mazzini: «Porque vosotros y yo podemos tener «virtud», que es lucha y fatiga, allí donde el pueblo, niño de la humanidad, vive y respira la espontaneidad de la «inocencia» que es la virtud inconsciente; y mientras en vosotros y en mí se alojan acaso orgullo de intelecto violado por la tiranía y ansia de fama, el pueblo muere ignoto en las barricadas ciudadanas, sin honor de tumba, sin otro orgullo que el de su tierra, sin más esperanza que en los hijos a quienes confía entregar a hados menos duros.» No podría yo decirse mejor.

Y todo viene a decir que un pueblo no es un pueblo, esto es: una patria, cuando sólo se preocupa de conservarse, gozar y propagarse animalmente, de enriquecerse; que un pueblo sólo es un pueblo, esto es: una patria, cuando se da a sí mismo una misión en la historia. El hormiguero humano que bajo unas leyes y un gobierno se preocupase tan sólo de acumular riqueza y de gozarla, no sería patria. Y en él no podrían salvar sus almas los que formasen de él parte. Porque no habría alma colectiva.

«Para terminar—me dice mi comentarista—le diré que no soy socialista, sino radical, es decir, que pertenezco a un partido donde uno puede ser cómodamente proteccionista y librecambista, federal y unitario, burgués y obrero, pílo y honrado...» No sé lo que en la Argentina quiera decir ser radical, pero aquí, en España, no quisiera decir nada. A lo sumo materialista. Y el mismo Mazzini, el gran revolu-



DAD NCA



cionario y republicano italiano, el que dijo que sin fe religiosa no puede haber verdadera sociedad política, y que el hombre es un ser que se mueve sin descanso a la busca de un gran misterio, el gran Mazzini, uno de los más formidables enemigos del papado de Roma, escribió, a propósito de Fourier, sobre los peligros del materialismo. Porque Mazzini vió muy claro que el materialismo es la doctrina más apta para oprimir a los pueblos. "Borrada por el tiempo y el materialismo—escribía—la antigua fe que prometía al menos las bendiciones del cielo a los condenados a padecer sobre la tierra—sin educación que guíe a fe más alta y más unificadora de los "deberes" y de las "esperanzas"—sin ninguna de aquellas grandes ideas que se llaman Patria, Honor, Gloria, Libertad, Independencia, Misión y tienen el poder

de crear la virtud del sacrificio en el corazón de las muchedumbres—¿cómo no habrían de haberse concentrado las aspiraciones de las clases temidas al torno de la conquista de los bienes materiales negados?

¿Por qué no habían de haber aprendido de los goces de las clases socialmente superiores el deseo de gozar a su vez? Más no es cosa de que transcriba aquí todo lo que el encendido apóstol de la revolución italiana escribió contra el materialismo. Sólo sí he de añadir que aquella terrible y sofisticada doctrina del llamado materialismo histórico, de Carlos Marx, aquello de que rigen a la historia no los hombres, sino las cosas; no las ideas, sino los intereses, es una doctrina que sirve de apoyo a la tiranía. Y que con muy buen acuerdo ha dicho nuestro Azorín, en su último libro—*Un discurso de La Cierva*—que «hoy una doctrina conservadora, para ser fecunda, sólida y moderna, no puede tener por asiento sino la sociología de Augusto Comte». Que era, sabido es, un tremendo reaccionario y un enemigo de la democracia. Créame mi joven amigo, el positivismo, que tantos estragos hizo en esa como en esta tierra, es un instrumento de opresión de los pueblos. Y no hay nada menos radical que lo que, aquí al menos, se llama radicalismo.

Luego mi comentarista se remonta algo más y me dice: «Respecto a su definición de alma, más me gusta, por ser estudiante de medicina, lo que dice: «una mera función del organismo vivo» y a la obra que dejamos al desaparecer yo la considero como la gráfica de dicha función». Pues bien: yo le invito a mi joven amigo, y a los demás estudiantes de medicina, como él, a que medite un poco en esa frase y verá que ni es definición del alma ni cosa que se le parezca. Es una de tantas frases vacías para salir del paso. Y lo mismo que decir que el alma es una mera función del organismo vivo, podríamos decir que el organismo vivo no es sino una mera función del alma. Tanto vale lo uno como lo otro. Y para mí más inmediato y más real y hasta más duradero es un sentimiento mío, un dolor, un goce, una idea, una esperanza, un ensueño, que un dedo de mi mano, o que mi hígado mismo. Un estado de mi conciencia tiene para mí tanta realidad, por lo menos, como mis piernas, mis brazos o mi cabeza.

Y la obra que dejamos al desaparecer no es la gráfica de la función de nuestro organismo vivo, sino que es nuestra alma sumada al alma de nuestro pueblo. Si lo enriquezco, por poco que ello sea, el alma de mi pueblo, y aun la de otros pueblos que no sean el mío, el alma de la humanidad, con alguna idea más, o con alguna nueva expresión de vieja idea, o con una metáfora o con un giro o con un acento

o con un deseo o con un ensueño, habré salvado mi alma en el alma de mi pueblo, en el alma de la humanidad, aunque se olvide mi nombre. Y si yo, o mi joven amigo, u otro cualquiera contribuyéramos a una victoria sangrienta de nuestro pueblo en una guerra por la libertad y por la cultura, o con nuestro voto a que venciese en unas elecciones quien representara la libertad y la cultura, habríamos también salvado nuestra alma, en más o en menos.

Porque el alma del hombre, su conciencia humana, no su conciencia animal, es algo histórico y que sólo en la historia se da. Y fuera de la historia no hay verdadera vida humana que merezca el nombre de tal. Y los pueblos sin historia no son pueblos; son hormigueros de los animales de que pueden surgir hombres. Y la vida de estos animales, por gozosa y sana que sea, importa poco, muy poco, no importa nada, junto a las almas de los hombres, de los verdaderos hombres, de los que viven en la historia. Las vidas de esos animales de que pueden brotar, en la historia, hombres, no valen más que las vidas de los toros, vacas, corderos, ovejas, carneros, cerdos, caballos, etc., que pueblan su mismo tierra y les ayudan en su producción. La vida del animal a quien por extensión llamamos hombre, cuando el tal animal no es un hombre, es decir, cuando no tiene conciencia histórica humana, conciencia de pueblo, conciencia de patria, conciencia del deber de rendirse a la misión de su pueblo, la vida de ese animal no vale más que la de un ternero o la de un borrego. Ahora, que tampoco se debe sacrificarla inútilmente, como no se debe sacrificar sin utilidad la del ternero o la del borrego.

No se escandalice, mi joven amigo, de lo que le voy a decir, pues le parecerá algo fuerte. Pero debo decirselo. Si un cerdo tuviese conciencia humana—en el cual caso no sería ya cerdo—y supiese que si no comía de él un gran conductor de pueblos, un obrero de cultura, un propulsor del progreso, se moría de hambre, el tal cerdo se sacrificaría gozosísimo para que el hombre viviese y así, incorporándose a la obra de este hombre con su sacrificio consciente, salvaría su alma en el alma de éste y salvarían ambos las suyas en el alma de la humanidad. Y si Cervantes no hubiera estado dispuesto a dar su vida, en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros, no habría sido capaz de haber luego escrito el *«Quijote»*.

Y creo haberle demostrado a mi joven amigo que la contradicción que creyó descubrir en mi escrito era aparente y no real.

MIQUEL DE UNAMUNO.

[La Nación, Buenos Aires, 27. II. 1915]

